

## EL SACRIFICIO COMO JUSTIFICACIÓN EN LA CONQUISTA DE MÉXICO: VERDAD DE UNA FE, VOLUNTAD DE UNA ESPADA

*José Otilio Umaña Chaverri*

*De ese lado de México, donde  
vivieron todos esos pueblos  
de una misma lengua y familia  
no quedó después de la  
conquista una ciudad entera,  
ni un pueblo entero.*

*José Martí "Tenochtitlán,  
la ciudad capital de los aztecas"*

### DE LA LUZ A LA OSCURIDAD

Desde principios del siglo XVI, Europa se enrumba hacia un sinnúmero de hallazgos y avances que la han de ir sacando de la mentalidad característica de la Edad Media. Las sociedades occidentales se agilizan mucho más y se genera un notorio desarrollo en casi todos los campos del conocimiento. Las ciencias exactas y naturales luchan por el espacio que la fe, engeguedada y fanática, les ha negado. Las artes emprenden una remozada y vigorosa búsqueda del ser humano.

El Renacimiento -de todo, pero, fundamentalmente, de unos deseos enormes por descubrir la realidad en que se vive- impulsa el ánimo de muchos europeos y genera una sensible liberalización del espíritu seglar. Pero esto es cierto en unos casos más que en otros. España, por ejemplo y si se la compara con otras regiones, se encuentra más atrapada por el lastre medieval.

El mundo donde Hernán Cortés nace, en 1485, encuentra de mil formas el infierno en la tierra. Los demonios son parte de la vida cotidiana y sus engendros habitan no sólo España y Europa, sino también las lejanas tierras del Asia y los mares por los cuales se llega a los temidos confines del planeta. Bajo el signo de la transgresión, esos engendros del infierno se incorporan en las prácticas de la brujería, en la idolatría y en las relaciones sexuales no reproductivas y se manifiestan con una abierta falta de respeto hacia quien se arroga la representación divina y la posesión de la Verdad: la Iglesia Católica Apostólica y Romana.

Para ese entonces, España ha librado una cruenta y larga batalla contra los musulmanes, encarnación misma de todas las formas diabólicas, aberrantes, anormales y peligrosas de conducta. Por eso,

con mucha diligencia y vigor, los reinos españoles dan cabida a la Santa Inquisición. La tarea que se le encomienda es, en lo fundamental, luchar contra el demonio y tal batalla se orienta, de manera obsesiva, contra todo cuanto desborde los estrechos límites de la explicación teológica.

La consolidación de España tiene rasgos muy particulares que caracterizan, por un lado, su emergente unión bajo los reinos de Castilla y de Aragón, y por otro, la forma en que se han de administrar política, económica y religiosamente las tierras "descubiertas" a partir de 1492. Es la misma Reina quien auspicia una reforma clerical que comprende "no sólo la moralización, sino también la instrucción, por medio de las escuelas de las órdenes religiosas y de las universidades"<sup>1</sup>. Tal sujeción del poder espiritual al poder temporal español parece haber sido "más estrecha que la dependencia de la Santa Sede" e, inclusive, consentida por "los mismos papas"<sup>2</sup>.

Lucifer, entonces, se encuentra en todo cuanto atente contra lo que la Iglesia Católica repudie o no puede explicar. Ese espíritu nefasto y degradante responde a los prejuicios y lugares comunes de la tradición católica. El pensamiento crítico se transforma en uno de los blancos preferidos de su acción. La aventura del conocimiento científico necesita ser llevada a cabo con el mayor sigilo. El demonio se mueve silenciosamente, susurra al oído de sus víctimas la insolencia y el desacato. Sumido en una práctica teológica de dominación, todo hombre debe pretender ir más allá de la verdad de quienes saben: los santos varones de la Iglesia. Y saber es aceptar el dogma. La Inquisición constituye, por muchas razones, un residuo de la mentalidad medieval y un eficaz medio para que la Iglesia Católica acreciente su poder político y económico.

En España, el Santo Oficio no se pone en ejecución en todo su territorio al mismo tiempo. Teófilo Ruiz sostiene que "la fundación de la Inquisición en Castilla bajo el control de sus monarcas en 1478", justo siete años antes del nacimiento del conquistador de México, "y su extensión a la Corona de Aragón en 1483 es lo que marca el comienzo del Santo Oficio en toda España"<sup>3</sup>. En 1478 y mediante una bula papal, la corona Española obtiene el privilegio de designar a los inquisidores en España y luego, por supuesto, en América. Sin embargo, tanto en Aragón como en Cataluña, ya existía una activa

<sup>1</sup> Sergio Ortega Noriega, "Teología novohispana sobre el matrimonio y comportamientos sexuales, 1519-1570" en *De la santidad a la perversión; o de por qué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana* (México: Grijalbo, 1986), p.23

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 21

<sup>3</sup> Teófilo R. Ruiz, "La inquisición medieval y la moderna: paralelos y contrastes" en *Inquisición española y mentalidad inquisitorial: ponencias al Simposio Internacional sobre Inquisición*, Nueva York, abril de 1983 (Barcelona: Aries, 1984), p.15.

inquisición desde hacía mucho. La Corona Española acoge con entusiasmo y decisión al Santo Oficio y, si bien hay momentos en que éste parece debilitarse e incluso desaparecer, no es sino hasta el 15 de julio de 1834 cuando, por un decreto promulgado por la Regente María Cristina, oficialmente termina sus funciones en España. Son, prácticamente, cuatro siglos de perseguir a un demonio incontrolable y robustecido por el surgimiento de un continente cuyas prácticas atizan el celo y el vigor de la censura inquisitorial. Todo parece caer bajo el control de un cuerpo de santos varones, investidos de verdad y poder sobre toda existencia. El Santo Oficio bendice o persigue ciertas conductas, ideas y palabras. América, con palabras, conductas e ideas muy diferentes, se erige como el más grande y atractivo objeto de sumisión y conquista del milenio.

La acción de la censura generada por el Santo Oficio y la sangrienta y prolongada lucha contra los musulmanes llevan a la consolidación de un carácter muy particular en el español. Se exaltan la tendencia a la defensa del orden político afinado en la ley católica y la búsqueda y sometimiento de todo cuanto atente contra la estabilidad de esa ley. Crece una peligrosa y aberrante obsesión por dar con lo misterioso y lo distinto. Con ese propósito, la práctica religiosa del catolicismo se transforma en un imperio del miedo. Este es el mundo del conocimiento teológicamente aceptado, el único verdadero y posible. La realidad que "emerge" en octubre de 1492 es percibida como el mundo de la ignorancia y del pecado, como el mundo de la oscuridad y del caos donde, a sus anchas, vive el demonio.

## TRAS LA HUELLA DE CRISTOBAL COLON

Hernán Cortés nace siete años después de la implantación general en España del Santo Oficio y siete años antes del "descubrimiento" de América. Tiene contacto con la palabra del Almirante y con la de algunos de los hombres quienes se dieron a la tarea de reconstruir el "Nuevo Mundo" mediante la escritura. A muy temprana edad, deja España y se embarca en una aventura cuya realización parece prometerle cuanto Colón asegura ha de ser la recompensa para la Santa Madre Iglesia, para la Corona y para quienes, haciendo gala de su hombría y fe, se atreven a enfrentar los obstáculos de un mar misterioso y llegan a tierras ricas en oro, especias, perlas y esclavos. El 10 de febrero de 1519, lo encontramos decidido a recorrer la Península de Yucatán.

Cortés tiene noticia de un gran imperio tierra adentro y decide conquistarlo para su soberano, "establecer en él la religión cristiana", "ampliar todavía más este imperio con los descubrimientos en el mar del Sur, y hacer depender de la corona de Castilla la China y las islas de la Especiería"<sup>4</sup>. El sueño de Colón

<sup>4</sup> D. Lucas Alemán, citado por Ramón Iglesia, *Cronistas e Historiadores de la Conquista de México: El Ciclo de Hernán Cortés* (México: El colegio de México,

marca el proyecto del joven conquistador y su plan de conquista no parece tener mayor sentido al margen de la evangelización.

Si en la escritura colombina la propagación de la fe católica está íntimamente unida a, quizá por debajo de, la adquisición de riquezas, en la de Cortés, los términos justificativos del esfuerzo de descubrimiento y conquista parecen mantenerse en igualdad de importancia. En su cuarta carta, recuerda a Carlos V de Alemania y I de España sobre el "aparejo que hay en algunos de los naturales destas partes para así convertir a nuestra santa fe católica y ser cristianos" y, por ello, "suplica" al monarca interceder con el fin de que lleguen a tierras mexicanas "personas religiosas de buena vida y ejemplo", pues "hasta ahora han venido muy pocos, o casi ningunos"; quiere que "Dios Nuestro Señor" sea "muy servido"<sup>5</sup>. En 1524, su ruego se ve satisfecho con la llegada de más religiosos, entre ellos y encabezando la delagación franciscana, arriba fray Martí de Valencia, investido con todos los poderes inquisitoriales.

La insistencia del conquistador en difundir la palabra católica, en "estas tierras tan apartadas de la iglesia romana", encuentra justificación en la genuina necesidad de cristianizar a los indígenas y de sostener la fe a "los cristianos que en ellas residimos y residieron tan lejos de los remedios de nuestras conciencias, y como humanos, tan sujetos a pecado" (P.226). La exploración y conquista no son, pues, sólo un asunto de riqueza material, sino una consecuente y sincera urgencia de realizar el propósito que, según Colón, se asume con la empresa del "descubrimiento".

## AMÉRICA: MAS ALLA DEL MAR TENEBROSO

América resulta fascinante para los europeos porque, entre otras razones, es tierra más allá de un mar supuestamente habitado por criaturas extrañas y maravillosas que amedrentan a quienes se atreven a pensar en la posibilidad de su recorrido. Esos seres encarnan lo misterioso, lo anormal y lo monstruoso. Tal mar es una dimensión de la realidad fuera del orden, de la ley y de toda lógica; es, simplemente, el caos. Por eso, en las "nuevas" y lejanas tierras, el europeo pretende encontrar grifones, dragones, monstruos humanos, hormigas de un tamaño descomunal, sirenas, amazonas y gorgonas pero de manera especial, seres antropófagos, remanentes de un estadio intermedio entre el hombre y el animal. Imagen espeluznante. Pensamiento aterrador. Mundo demoníaco que urge rescatar para restituirlo a Dios, su legítimo dueño.

América termina por construirse como "la suma de todos los conocimientos, leyendas y mitos que circulaban en la época sobre los lugares ignotos que se suponían situados más allá del Mar

1960), p.38

<sup>5</sup> Hernán Cortés, *Cartas de relación de la conquista de México* (Madrid: España-Calpe, 1962), p. 225. A partir de aquí, toda cita de esta fuente tendrá el respectivo número de página entre paréntesis.

Tenebroso"<sup>6</sup>. Este "Nuevo Mundo" se elabora como corroboración del imaginario europeo. América, o lo que luego llega a denominarse con ese nombre, es una especie de ciencia ficción.

Cuando Cortés emprende su jornada exploratoria, carga en su memoria los contenidos de ese imaginario y da crédito a ciertas relaciones de amazonas y seres de grandes orejas. No es de extrañarse. El no es ingenuo, ni está loco; simplemente responde a la concepción vigente de la realidad. De manera similar, Ponce de León como en delirio busca la fuente de la eterna juventud, Juan Díaz procura hallar amazonas en Yucatán y otros, fascinados por historias de increíbles riquezas, se dejan ir tras la búsqueda del Dorado. Recordemos que el mismo Colón asegura haber encontrado el Paraíso bíblico en tierras sudamericanas. Lo importante de todo ese enjambre de prejuicios, de historias y de mitos, es que se piensa el continente como un punto de irresistible exploración, como una tierra que encierra las respuestas a múltiples incógnitas y, finalmente, como un objeto de conquista y de re-ordenamiento.

## AMÉRICA SE DESCUBRE COMO ESTIMULANTE PARA EL CONQUISTADOR

Muchos son los argumentos utilizados para explicar y hasta para justificar las arrasadoras jornadas de la conquista. Sin embargo, los rasgos exóticos que perfilan a América, estimulan el deseo de querer conocer lo que hay más allá del alcance de la mirada y hacerlo parte de un mundo erigido sobre la base del poder de una iglesia que crece de manera acelerada y se orienta, en conjunción con la Corona Española, hacia la formación de un imperio. Esa acción conquistadora encuentra su sentido y su fuerza en un robustecimiento del poder político y en la propagación de la palabra autorizada por la iglesia Católica. Para la Corona, tierras, oro, perlas, especias y plata; para la iglesia, almas...y, como la historia de los pueblos indígenas lo ha de comprobar, muchas tierras, oro, perlas, plata.

El espíritu conquistador proviene de una jerarquía claramente definida, en la cual el conquistador siempre termina al servicio divino: Dios->Iglesia Católica-> Corona Española-> conquistador. Por eso, cuando Cortés grita "¡Santiago, a ellos" y se lanza al ataque contra los indígenas mexicanos, "la fe cristiana, el arma guerrera y el espíritu de cruzada se articulan como un todo"<sup>7</sup>.

La conquista se realiza mediante las armas y la evangelización. En su gran mayoría, las sociedades indígenas se ordenan y viven en

<sup>6</sup> Beatriz Pastor, *Discurso narrativo de la Conquista de América* (La Habana: Ediciones Casa de las Américas, 1983), p.20.

<sup>7</sup> Enrique Susseil, "1492: Diversas posiciones ideológicas" en 1492-1992, *La interminable conquista: emancipación e identidad de América Latina* (San José: DEI, 1991), p.83.

torno al aparato religioso; por esa razón, afectarlo implica modificar la totalidad del orden social, económico y político. Esto explica la urgencia de Cortés por contar con un equipo de religiosos en Nueva España. La evangelización constituye el colapso inmediato de los grupos sacerdotales que son "los principales rectores de la continuidad cultural"<sup>8</sup>. Al debilitarlos, se rompen y se desintegran los nexos que aseguran la cohesión de la sociedad y su memoria. Este efecto destructor y homogenizador de las culturas indígenas se ve reforzado por la obligatoriedad de la lengua castellana en la instrucción religiosa. Si estas remotas tierras son resultado del empeño de un iluminado por dar "mayor gloria de Dios", se hace indispensable que también lo alaben los indígenas que en ellas habitan; "ello significa que deben abandonar sus creencias, sus hábitos y, en general, su cultura, porque toda ella está impregnada de idolatría"<sup>9</sup>.

En tal esquema de pensamiento, se cree que Dios elige y legitima a la Iglesia Católica y a la Corona Española para que, a su vez, éstas lo legitimen, propaguen y defiendan. Los Reyes expanden su fuerza política y económica, la Iglesia Católica acrecienta su poder y ambos, en estrecho vínculo y respaldo, hacen invencible a quien les confiere servicio. Todo se debe someter a ellas, Corona e Iglesia, porque todo debe someterse a Dios, soberano del universo, rey de reyes y señor de señores. El instrumento para lograr tal sometimiento es el conquistador; por ello, éste se cree partícipe de un plan divino y "acepta una concepción mesiánica de historia y acción"<sup>10</sup>. Esa misión redentora se muestra abierta a, y deseosa del, sacrificio de aquellos por quienes Cristo también aceptó la cruz.

## DEL JESUS DE AMOR Y PIEDAD AL CRISTO CONQUISTADOR

Jesús, quien afirma su misión en el cambio del viejo orden y la vieja ley, instauro su más revolucionario mandamiento: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". "Tu prójimo" incluye a quienes no coinciden con nuestros propósitos, nuestras palabras y nuestras ideas; de lo contrario, el amor cristiano no tendría sentido redentor. Sin embargo, las jornadas de la conquista de América son uno de los más claros ejemplos de la brutal violación del precepto cristiano. Matarás por tu Dios, matarás por la Iglesia Católica Apostólica y Romana, matarás por la Corona Española y matarás con el propósito de ejecutar tu misión conquistadora.

<sup>8</sup> Sergio Ortega Noriega, "Teología novohispana sobre el matrimonio y comportamiento sexuales" en *De la santidad a la perversión*, p.24.

<sup>9</sup> Rubén De, "Teología de la Dominación y Conquista" en 1492-1992, *La interminable conquista: emancipación e identidad de América Latina*, p.103.

<sup>10</sup> Basilio Pastor, op. cit., p. 102.

¿Cómo explicar esa alteración del precepto instaurado por Cristo? El Jesús que acompaña a los españoles no es ni amoroso ni piadoso. Es, por el contrario, un Cristo de muerte. No es pastor sino guerrero. No es un espíritu de salvación sino una figura medieval que ha incorporado cierta fuerza demoníaca y llama, para satisfacer su insaciable sed de poder, a la humillación y al sometimiento.

Este Cristo responde al movimiento expansionista europeo y autoriza la dominación de "los otros", de esos quienes, para "el civilizado", representan a los "bárbaros", a los "pecadores", a los "infeles", a los "idólatras", a los "distintos". El Jesús bíblico, rodeado de los más humildes, de ladrones, de prostitutas, y de no creyentes no da cabida al rencor, ni al odio, ni al desprecio, y por esto, no encuentra sitio en la conquista. El Jesús que llega en el siglo XV tiene un cielo poblado de ángeles armados con filosas espadas, de truenos, de rayos, de centellas. Se rodea de una corte semejante a la de los mortales e incorpora el sentido del vasallaje de los feudos medievales.

El cristianismo, que en un principio aboga por la separación tajante entre lo divino y lo terreno, poco a poco se impregna de los rasgos propios del poder con el cual antes tomaba distancia. Si su reino era el de los cielos, el que luego instituyen los varones de la Iglesia Cristiana se asienta, cada vez más, en los reinos de este mundo. La diferencia ("Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios") empieza a debilitarse. En su condición de representante divino en el planeta, supuesto señor y legítimo dueño de todo el universo, el Papa Alejandro VI emite las bulas *Inter cetera*, *Eximiae devotionis*, *Inter cetera* y *Dudom siquidem* en 1493, mediante las cuales otorga a la Corona Española la terras "descubiertas" por Cristóbal y aquellas que se descubran luego. La donación no constituye un acto de bondad. Lejos está de eso. En la primera, Alejandro asegura que la mejor cosa que los Reyes Católicos pueden hacer para gozar del beneplácito de "la Majestad divina", es "la exaltación, mayormente en nuestros tiempos, de la fe católica y religión cristiana"; para conseguirlo, explicita los medios que han de utilizarse: "el abatimiento de las naciones bárbaras, y la reducción de las mismas a nuestra fe"<sup>11</sup>. Palabra de Dios.

## DIOS GUIA LA CONQUISTA DESDE EL CIELO

Con la bendición papal, la conquista se transforma en cosa santa. El destino del conquistador es la vida eterna. El terror, del cual el Santo Oficio y las jornadas de conquista dan clara e innegable ilustración, encuentra su incuestionable apoyo en las palabras del representante de Dios y en el mandato de los monarcas católicos. El terror se instaura como el medio ideal para abatir a los indígenas y someterlos a la fe católica.

Dios, según la legitimación ideológica del momento, marcha a la

<sup>11</sup> Rubén Dri, op. cit., p. 102.

cabeza de los conquistadores y, desde las alturas, les abre el paso y los anima: "Y al cabo de media legua plugo a Dios que abajamos a lo raso, y allí me repetí a esperar la gente, y llegados, dijeles a todos", escribe Cortés en su carta a Carlos V, "que diesen gracias a nuestro Señor, pues nos había traído en salvo hasta allí, de donde comenzamos a ver todas las provincias de México y Temixtítán que están en las lagunas y en torno dellas" (P.118). Ese Cristo no puede sino procurar el resguardo de quienes están a su servicio: "Mas como Dios haya tenido siempre cuidado de encaminar las reales cosas de vuestra sacra majestad desde su niñez, y como yo y los de mi compañía íbamos en su real servicio, nos mostró otro camino [...]" (P.51).

Por sobre la espada de Santiago Apóstol, Cristo alza la suya, salva a sus elegidos de las rudimentarias armas indígenas y, con mayor poder y gloria, impone muerte a diestra y siniestra: "Y bien pareció que Dios hize el que por nosotros peleó [...]" (P.41). Bajo los símbolos cristianos e impulsados por la fe en ese poderoso Señor, los españoles no encuentran obstáculo que se les resista: "E como traíamos la bandera de la cruz y puñábamos por nuestra fe y por servicio de vuestra sacra majestad, en su muy real ventura nos dio Dios tanta victoria, que les matamos mucha gente, sin que los nuestros recibiesen daño" (P.41).

Para los idólatras, sacrificadores y antropófagos todo está perdido: "Y que mirasen que teníamos a Dios de nuestra parte", dice Cortés, "y que a él ninguna cosa es imposible, y que lo viesen por las victorias que habíamos habido, donde tanta gente de los enemigos eran muertos, y de los nuestros ninguno" (P.43). Los europeos que le abren el pecho a la América indígena son prueba irrefutable de la existencia e invaluable poder de ese Dios: "Pero quiso Nuestro Señor mostrar su gran poder y misericordia con nosotros, que con toda nuestra flaqueza quebrantamos su gran orgullo y soberbia, en que murieron muchos dellos y muchas personas muy principales y señaladas" (P.97) (sic).

El rasgo prominente de ese "Nuestro Señor" lo constituye el poder: "Se trata de un dios dominador. Los hombres sólo pueden relacionarse con El como Súbditos o vasallos"; "se lo ve desde el poder" y, por eso, constituye "la misma Majestad, el Todopoderoso, el poder en persona"<sup>12</sup>. Su espíritu guerrero justifica y otorga pleno sentido a la acción de matar. Por cilo, como lo expresa Rubén Dri, "una cosa es matar a sangre fría y otra es hacerlo después de haber oído misa y de encomendarse a Dios y a Santa María, aunque falte la invocación del nombre del Señor Santiago"<sup>13</sup>. Cortés se cuida muy bien de que él y sus hombres participen de esas ceremonias, antes y después de las batallas.

<sup>12</sup> Rubén Dri, op. cit., p. 103.

<sup>13</sup> *ibid.*, p. 107.



## A DIOS, ¡POR LA ESPADA Y POR LA PALABRA!

En la escritura, Hernán Cortés incorpora los términos adecuados y dinamizadores que orientan el abattimiento del continente: la dominación por las armas y la sumisión a la fe católica por la palabra. En un principio, el conquistador asume la instrucción religiosa con la ayuda de sus intérpretes, Jerónimo de Aguilar y doña Marina de Viluta (P.72).

Cortés se presenta como un digno y devoto evangelizador quien, contrario a Colón, transforma los esfuerzos guerreros y su conocimiento teológico en una praxis coherente. Su palabra está, como su espada, al servicio abierto y sin medida de Dios y del rey de España. Las prohibiciones de ambos, Dios y Rey, delimitan el código de conducta defendido por el conquistador y le llevan a imponer su justicia. Por esa razón, Cortés no sólo instruye, también aclara el castigo para quienes transgreden la ley y el orden decididos por su Dios y por su Rey: "[...] y les defendí que no matasen criaturas a los idolas, como acostumbran", asegura, "porque, además de ser muy aborrecibles a Dios, vuestra sacra majestad por sus leyes lo prohíbe y manda que el que matare lo maten" (P.72). Matar es componente de la práctica que el conquistador lleva a cabo bajo la tutela de su Rey y de su Dios. Pero matar como parte del ritual religioso indígena es, para él, además de idolatría, antropofagia; quien así sacrifica a otros seres humanos debe, forzosamente, ser sacrificado.

Una de las más fuertes represtiones del cristianismo, en principio su esencia, se dirige en contra de todo sacrificio no enmarcado dentro de los límites simbólicos y sublimadores del único sacrificio capaz de redimir el mundo: el de Jesús. Es sobre la inmolación del cordero de Dios, que el cristianismo adquiere pleno sentido histórico. No hay, por lo tanto, necesidad de ninguna otra muerte más allá de la celebrada en el ritual católico de la misa. Sacrificar (se) implica desobedecer al dogma y el misterio angular de la Iglesia.

"No se trata de la abolición del sacrificio, sino al contrario, de su exaltación", dice Franz J. Hinkelammert. Ese único posible sacrificio de Jesús "aplasta a todos los otros sacrificios porque es tan grande, que ya ningún otro tiene lugar al lado de él". La crucifixión del Dios Hijo es la culminación del plan redentor y la más excelsa muestra de amor por parte del Dios Padre; es el gesto supremo del Cristo que salva a todo pecador por los siglos y los siglos. Ninguna otra inmolación es grata a los ojos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Pero, "esta imposibilidad de nuevos sacrificios es, precisamente, una consecuencia sacrificial"; no es que se destierre la noción del sacrificio, sino que el mundo se llena "de un solo sacrificio de un valor infinito"<sup>14</sup>. La práctica sacrificadora se sublima y es incorporada bajo la forma de la transubstanciación del vino y del

<sup>14</sup> Franz J. Hinkelammert, *Sacrificios humanos y sociedad occidental: lucifer y la bestia* (San José: DEI, 1991), p.21.

pan. Ese es un dogma, una verdad, algo que no puede cuestionarse a riesgo de ser castigado con el fuego eterno.

Cuando Colón tienta el horizonte del Mar Tenebroso, se tropieza con sociedades donde el sacrificio de animales y de seres humanos no es algo extraordinario. Los indígenas realizan ceremonias que, para ese pensamiento temeroso de la práctica inquisitorial, están íntimamente asociados a la veneración del demonio. Inmolar seres humanos, comer su carne y beber su sangre es inaceptable para un sujeto que, paradójicamente, hace algo semejante. La comunión del católico no es tan distante de cuanto hacen los indígenas, sólo que se incorpora en materializaciones menos concretas y directas. Si el sacerdote lleva a cabo la transformación de la hostia y el vino en el cuerpo y la sangre del Cristo, lo que hace quien comulga es comer la carne y beber la sangre del sacrificado. Es, digamos, una forma simbólica de antropofagia en la cual la ingesta del cuerpo se enmarca en las restricciones del único sacrificio posible.

Cortés se refiere a la profunda fe mostrada por los indígenas en sus ídolos. Le atrae el esmero de los templos y describe "sus mezquitas y adoratorios y sus andenes", donde "tienen sus ídolos que adoran, dellos de piedra, y dellos de barro, y dellos de palo a los cuales honran y sirven en tanta manera y con tantas ceremonias" (P.29):

*[...] y todos los días, antes que obra alguna comiencen, queman en las dichas mezquitas incienso, y algunas veces sacrifican sus mismas personas, cortándose unos las lenguas, y otros las orejas, y otros acuchillándose el cuerpo con unas navajas, y toda la sangre que de ellos corre la ofrecen a aquellos ídolos echándola hacia el cielo, y haciendo otras muchas maneras de ceremonias; por manera que ninguna obra comienzan sin que primero hagan allí sacrificio. Y tienen otra cosa horrible y abominable y digna de ser punida que hasta hoy visto en ninguna parte y es que todas las veces que alguna cosa quieren pedir a sus ídolos, para que más aceptación tenga su petición, toman muchas niñas y niños y aún hombres y mujeres de mayor edad, y en presencia de aquellos ídolos los abren vivos por los pechos y les sacan el corazón y las entrañas y queman las dichas entrañas y corazones delante de los ídolos ofreciéndoles en sacrificio aquel humo. (P.30).*

Cuando el conquistador asegura respecto de esos "abominables" sacrificios tiene el carácter de verdad; es algo que, afirma, "habemos visto algunos de nosotros". Espantoso le resulta el número de víctimas, pues, tomando en cuenta la gran cantidad de "mezquitas", "no hay año en que no maten y sacrifiquen cincuenta ánimas" en cada una. El número de inmolados es de "tres o cuatro mil ánimas". Por esa razón, intenta convencer a sus Majestades acerca de la necesidad de "evitar tan gran mal y daño". Es urgente, pues que esas gentes sean "introducidas e instruidas en nuestra muy santa fe católica". Esta, al fin de cuentas es la razón del descubrimiento: "Es de creer que no sin causa de Dios Nuestro Señor ha sido servido que

se descubriesen estas partes" (P.30).

Si una vez instruidos en la fe católica, los indígenas continúan realizando sacrificios, "los malos y rebeldes, siendo primero amonestados, puedan ser punidos y castigados como enemigos" y "en servicio del demonio" (P.31). Cortés encuentra reunidos, en una sola, tres prácticas que, en su código de conducta, resultan objeto de castigo: idolatría, sacrificio y sodomía. Ciertamente, la institucionalidad indígena no está saturada por las prohibiciones respecto al placer sexual y la reproducción de la especie; expone un estrecho vínculo entre la sexualidad y sus creencias religiosas, entre el sentido de existencia y el universo que les rodea. Allí, "lo femenino" y "lo masculino", "lo humano" y "lo animal", "lo santo" y "lo diabólico", "lo conocido" y "lo desconocido", "lo concreto" y "lo intangible" tienen sus funciones particulares pero, a la vez, se hacen uno en la vida, en el destino y en la historia.

Contrario al terror a la muerte tan propio de la mentalidad occidental, el indígena alcanza plena realización y felicidad en la inmolación de su cuerpo; así espera llegar y satisfacer a sus dioses. La alucinación causada por el peyote, entre otros, le permite encontrar sus nexos con los animales, las aguas, las plantas y los truenos; fácilmente se despiaza en las alas de un águila o en la azulada escama de un pez. Allí están el jaguar, el ave de rapiña, el lobo, la serpiente, el conejo, el caracol, el universo todo, sin la insuperable y destructiva distancia que impone primacía de la existencia humana que el recién llegado carga en su conciencia.

## JESUS Y MARA DESTIERRAN AL DEMONIO

Uno de los rasgos predominantes de la fe católica es la utilización de imágenes, sin que a su juicio constituya un acto de idolatría; antes bien, se la mira como una manera apropiada para facilitar el acercamiento de la fe. En el caso de los indígenas, se la piensa y trata como idolatría. Cortés se manifiesta abiertamente antagónico frente a la práctica de hacer ídolos. Dos razones sostienen su argumento. Primero, los dioses indígenas son falsos y representan al demonio y, segundo, los "ídolos" son hechos de "cosas no limpias". Al leer cuidadosamente sus palabras, podemos darnos cuenta de que las imágenes indígenas son hechas a partir de dos componentes: "masa de todas las semillas y legumbres", alimento para el cuerpo, "sangre de corazones humanos", alimento para el espíritu. Contrario a la tradición indígena, la Iglesia Católica utiliza, principalmente, la piedra, la madera y los metales para elaborar sus imágenes; la sangre, el caso de crucificados y otras representaciones es, como en la consagración del vino y del pan, una expresión simbólica. De hecho, la liturgia cristiana descarta el uso de sangre humana. Frente a los "ídolos", el español se encuentra ante una muy distinta concepción de la materia y la representación y, consecuentemente, le es imposible entenderlos y aceptarlos.

¿Cómo aceptar el que la serpiente, encarnación misma de Satanás en su imaginario, sea una deidad? Los textos bíblicos han asentado

la verdad de su naturaleza demoníaca, la han responsabilizado de la pérdida del Paraíso y la han enfrentado como enemiga del hombre. Creer en ella, es creer en el Diabolo, ser un espíritu maligno. El panteón indígena mexicana está habitado por seres monstruosos. Coyolxauqui, diosa lunar, se muestra decapitada y con los brazos y piernas separados del tronco; Huitzilopochtli, el dios principal, es un belicoso destructor de pueblos y matador de gentes; Tlaloc Tlamacazqui, dios de las lluvias, tiene grandes colmillos, anteojeras en forma de serpiente, lengua y nariz de ofidio; Xiuhtecuhtli, dios del año y del fuego, exhibe deformidades semejantes; Ehecatl-Quetzalcoatl, dios del viento, muestra su imponente cuerpo de serpiente emplumada y, Mictlantecuhtli, señor del mundo de los muertos, Tlaltecuhli, devorador de cadáveres y dios de la primavera, se erige ante los españoles y les hacen recordar a sus propios bestias y demones. Panteón delirante. Palabra infernal que se hace indispensable sumir en el silencio.

Conforme progresa la conquista, los españoles insisten en eliminar los "idolos" de las "mezquitas" indígenas y en sustituirlos por "imágenes" de su panteón católico. Así, las "mezquitas" son transformadas en iglesias o templos. En su primera carta, Hernán Cortés informa cómo a los nuevos creyentes se les deja "una cruz de palo puesta en una casa alta y una imagen de Nuestra Señora la Virgen Maria" (P.21).

Ya en el gran México Tenochtitlan, Cortés dice arremeter contra "los más principales destos idolos, y en quien ellos más fe y creencia tenia" (sic). Los desplaza "de sus sillas" y los hace echar por las escaleras abajo; limpia "aquellas capillas donde los tenían" y pone "imágenes de Nuestra Señora y de otros santos [...]" (P.72). Las imágenes de Maria empiezan a ocupar el espacio vacante de los idolos, pues con la "ayuda de Dios y de su gloriosa Madre", los españoles avanzan y dominan las nuevas tierras.

Mano en mano, Madre e Hijo se encargan de ensanchar los dominios terrenales para la gloria divina. Ella también ha sido transformada para asumir importantes funciones en la corriente expansionista de la Iglesia. En la Edad Media, Maria inicia una impresionante jornada de ascenso en la jerarquía divina y prolifera "un imaginario irresistible que tomará fundamentalmente tres direcciones": se le homologa con el Hijo, se le priva del pecado y se le dan "cartas de nobleza" al declararla "reina"<sup>15</sup>. Si Cristo gobierna y encabeza una magnífica corte celestial, ella ha de encontrarse junto a él, ocupando un sitio por sobre cualquier otra mujer y por toda una eternidad. A esa nueva Maria se le encarga "representar el supremo poder terrenal"<sup>16</sup>. España, la Madre de América, es devota fiel y defensora de esa Reina, pero, en visión medieval, trágica y oscura, es

<sup>15</sup> Julia Kristeva, *Historias de amor* (México: siglo Veintiuno, 1988), p. 212.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 217.

incondicional veneradora de la madre Dolorosa, cuerpo vivo del sacrificio. América -Eva idolatra, desnuda, sensual y diabólica, serpiente que vive en las alturas de las "mezquitas"- es sometida por la Madre, Reina y Señora del conquistador.

## EL CONQUISTADOR, COMO DIOS Y SU SANTA MADRE, SE SACRIFICA

En el memorial dirigido al Emperador en febrero de 1544, se lamenta Cortés de que después de "gastar [su] hacienda y edad, todo en servicio de Dios" y de dilatar "el nombre patrimonio de [su] rey", no tenga "descanso" en su vejez y que "como sanguijuelas", "muchos émulos y envidiosos [...] han reventado de hartos de [su] sangre"<sup>17</sup>. Cortés resiente la situación económica suya en el momento, pero y antes que nada, el que su sacrificio no le haya deparado cuanto, con todo derecho, le corresponde. Desde un inicio, el conquistador ha pensado en la recompensa. El sacrificio se mira como una especie de transacción o intercambio económico, no como un acto o voluntad revestidos del desprendimiento que caracteriza al Hernán Cortés de las Cartas de relación entre 1519 y 1524.

¿Hasta qué punto está la conciencia de Cortés saturada de la fe en esa relación jerárquica del poder divino y del poder terrenal? ¿Hasta dónde se apoya, en tal relación, para lograr sus propósitos? Estas son preguntas difíciles de responder. Atenernos a creer en sus escritos forzosamente nos lleva a sostener la primera opción. Leer más allá de la superficie de la escritura y vincular su palabra con la voluntad de un hombre deseoso de gloria y de riqueza, pero, principalmente, necesitado de justificar su desobediencia a su superior, nos conduce a la segunda posibilidad.

La escritura de Cortés es coherente con la mentalidad de la época. Así como la Corona Española se afina en un origen divino que se hace concreto en la íntima relación de Dios y el Rey, los servidores de este último buscan privilegios y rango. Es un asunto de alianzas. Se trata de una perfecta concatenación de poder. La Providencia opera desde la cúspide de esa pirámide, elogiando, respaldando, guiando y santificando a quienes le sirven y glorifican. La palabra de quien escribe, o dicta a su secretario, sumido en esas redes de dominio, no puede sino hacer lo mismo. Por eso, Cortés insiste tanto en la utilización de los símbolos y lugares comunes del discurso legitimador católico. El conquistador utiliza giros que le ganan seguridad. Consecuentemente, su palabra constituye una estrategia conveniente para la conquista; cubierto por las figuras sacras del catolicismo, puede satisfacerse y satisfacer a las instancias de poder que lo acuerpan. Todavía hoy presenciarnos esas alianzas. Pasados más de cuatro siglos, con otras palabras y otras invocaciones, continúa el sonido de armas cortando y perforando la geografía americana y percibimos voces que gritan "¡Santiago, a ellos!"

<sup>17</sup> Hernán Cortés citado por Ramón Iglesias, op. cit., p. 68.

## BIBLIOGRAFÍA

Alealá, Angel. *Inquisición española y mentalidad inquisitorial: ponencias al Simposio Internacional sobre Inquisición*, Nueva York, abril de 1983. Barcelona: Artes, 1984.

Belli, Gioconda y otros. *1492-1992, la interminable conquista: emancipación e identidad de América Latina*. San José: DEI, 1991.

Cortés, Hernán. *Cartas de relación de la conquista de México*. Madrid: Espasa-Calpe, 1982.

Hinkelammert, Franz J. *Sacrificios humanos y sociedad occidental: lucifer y la bestia*. San José: DEI, 1991.

Iglesia, Ramón. *Cronistas e Historiadores de la conquista de México: el ciclo de Hernán Cortés*. México: el Colegio de México, 1980.

Kristeva, Julia. *Historias de amor*. México: Siglo XXI, 1988.

Ortega, Sergio (ed.). *De la santidad a la perversión: o de por qué no se cumplía la ley de dios en la sociedad novohispana*. México: Grijalbo, 1986.

Pastor, Beatriz. *Discurso narrativo de la Conquista de América*. La Habana: Ediciones Casa de las Américas, 1983.